

gracias á la cual podían atraer el favor de las divinidades de lo alto y conjurar el odio de las potencias del aire, tuvo sus maestros y sus discípulos: se constituyeron sociedades formadas con períodos de noviciado y grados de iniciación, y poco á poco se estableció así en cada tribu un grupo de privilegiados, tanto más terribles cuanto que á sus trapacerías conscientes ó inconscientes mezclaban más conocimiento real de los hechos. El *medicus* latino conjuraba la enfermedad por sus imprecaciones<sup>1</sup>. El brujo algonquin consulta los animales del totem rodeándose de tortugas, cisnes, cornejas y urracas (Schoolcraft); otros se ocultan para hablar directamente con el Dios del Cielo.

Esta institución de una sociedad superior, imaginándose ó pretendiendo conocer las cosas del más allá, entregó las poblaciones y las naciones al régimen del terror incandescente, porque era inevitable que la casta, subdividida en cofradías secundarias, especulase, aunque inconscientemente, sobre la credulidad de los cándidos, su espanto de la muerte y de lo desconocido, para aumentar su poder y su riqueza. Convertida en intermediaria entre los hombres y los espíritus, por deber y por interés tenía que representar á éstos como muy malos para justipreciar su intervención en una tasa tanto más elevada. «El gran Kalita—dicen los brujos de Palaos, hablando del genio que gobierna los insulares—gusta de comer hombres»<sup>2</sup>. Complacerse en derramar sangre, repiten los Taitianos cuando practican sus infanticidios, es «tener entrañas de Dios»<sup>3</sup>. ¿No es también un «Dios fiero y celoso» el amo aislado en el cielo de los Judíos? Y en una augusta indiferencia, Zeus se sienta en la cima del Olimpo para regocijarse con la lucha de esos pueblos perecederos, los Troyanos y Acayos, que se degüellan mutuamente á sus pies<sup>4</sup>.

Ese odio sanguinario, esa terrible envidia de los infinitos genios ó del amo de los genios, sólo podía tener un medio único de ser conjurados, el sacrificio: así como en un incendio destructor de los bosques, el salvaje favorecía el fuego, del mismo modo daba un poco de sangre al dios ávido que quería beberla á mares; al menos así ganaba tiempo. Pero donde quiera que la población vivía bajo el terror inspirado por el

<sup>1</sup> Pictet, *Aryas*, t. II, pp. 644-645.

<sup>2</sup> Miklukho-Maklay, *Bulletin de la Société de Géographie russe*, 1878.

<sup>3</sup> William Ellis, *Polynesian Researches*.

<sup>4</sup> Iliade, XX.

mago, no bastaba un poco de sangre, se necesitaba mucha y la sed del dios no estaba jamás satisfecha: de ahí el deber para el adorador de sacrificar lo que le era más querido. Antes que el ángel del Eterno detuviera la mano de Abraham, pronto á degollar á su hijo Isaac, muchos otros padres debieron matar sus hijos, dando al temible espíritu las primicias de toda existencia animal que naciera en sus dominios. El padre no podía rescatarse sino por la muerte del hijo. Al este del lago Ste-



SEPULTURA DE UN JEFE GALO

A sus pies, vasijas y pequeños recipientes contienen provisiones y plantas aromáticas destinadas á la curación de las heridas. El cuerpo reposa sobre el carro, del cual únicamente ha respetado el tiempo el cubo y las yantas de hierro.

phanie, los Boranes satisfacen al dios Wak, el «Cielo», abandonándole los hijos nacidos durante los primeros años de matrimonio, cuatro años entre los unos, ocho entre los otros; los recién nacidos son expuestos en la maleza y devorados por las fieras. Después de este período de purificación, los Boranes, convertidos en Rabas, se consideran en paz con su dios: un sacerdote los circuncida y procrean hijos á quienes quieren<sup>1</sup>.

La leyenda de Abraham indica una etapa de la humanidad; simboliza la dulcificación de las costumbres que se produjo en la historia del pue-

<sup>1</sup> Maud, *Geogr. Journal*, mayo, 1904, p. 568.

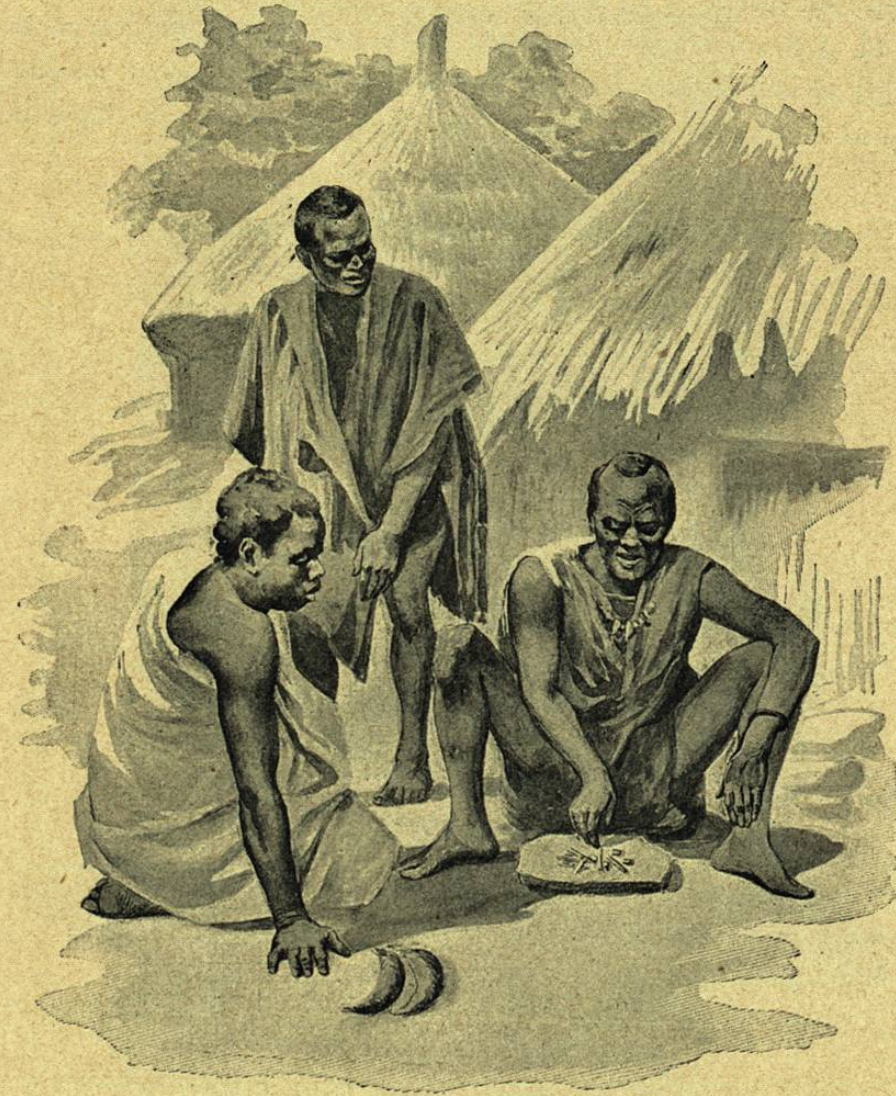


blo judío é hizo sustituir los degüellos y los holocaustos de animales en los sacrificios humanos, pero después de esta época, cuántas veces aun el miedo al dios llevó á los genitores á clavar el cuchillo en el cuerpo de sus hijos. Tanto es así que en las ciudades fundadas por Josué aplastaban en los dinteles de sus puertas los cadáveres de los jóvenes; del mismo modo Agamenon, el «rey de los reyes», ofreció al dios su hija Ifigenia, y Jefé entregó al verdugo la niña que se adelantaba con sus compañeras para recibirla con danzas y canciones. Más aún, el «santo» rey David sacrificó á su pueblo para hacerse perdonar una desobediencia al dios vengador: «Puesto que he pecado contra tí, toma mi pueblo y mata hasta que te hartes».

Sin embargo, no siempre era necesario derramar la sangre de los suyos: la guerra suministraba el medio de apagar la sed de los dioses y los genios á expensas de tribus ó de naciones enemigas, y se ve, en efecto, desaparecer pueblos enteros para satisfacer la venganza de los espíritus encarnizados. Así ofrecieron los Judios á su Yahveh los habitantes de toda la «tierra de promisión» y en las escasas circunstancias en que, por un movimiento de piedad instintiva ó á consecuencia de una promesa hecha inconsideradamente, tuvieron que librar de la muerte á algunos indígenas, se acusaban de ello como de un crimen. Si se puede remontar hasta los orígenes de las sociedades para sorprender en él esta idea de sangre ofrecida en sacrificio á los genios, se comprueba, por otra parte, la supervivencia de ella hasta nuestros días, puesto que después de las batallas los vencedores cantan sus *Te Deum* al dios de los ejércitos.

No existe antigua forma de religión primitiva que, bajo la acción de las mismas causas, no haya persistido más ó menos en nuestras civilizaciones modernas. Tal es el culto de las cabezas cortadas que prevaleció entre tantas tribus prehistóricas y que se encuentra todavía entre ciertos Dayaks de Borneo. El salvaje que limita á su propio clan la parte de la humanidad hacia la que tiene deberes morales, se cree obligado en estricta virtud á ir á cortar cabezas en las tribus extranjeras para presentarlas á la mujer que ha escogido ó á la tribu que representa: sin asesinato de que gloriarse ni siquiera es considerado como hombre: verter sangre humana es el primer deber de un candidato á la virilidad. Y la educación que ha recibido este hijo del bosque, que no obstante es muy

bueno y muy noble con sus compañeros de tribus, ¿no es precisamente la de nuestros jóvenes contemporáneos, á quienes se enseña que es glorioso



BRUJOS SUDANESES INVOCANDO UN ORÁCULO SEGÚN LA POSICIÓN DE LOS PALILLOS Y DE LOS GUIJARROS

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

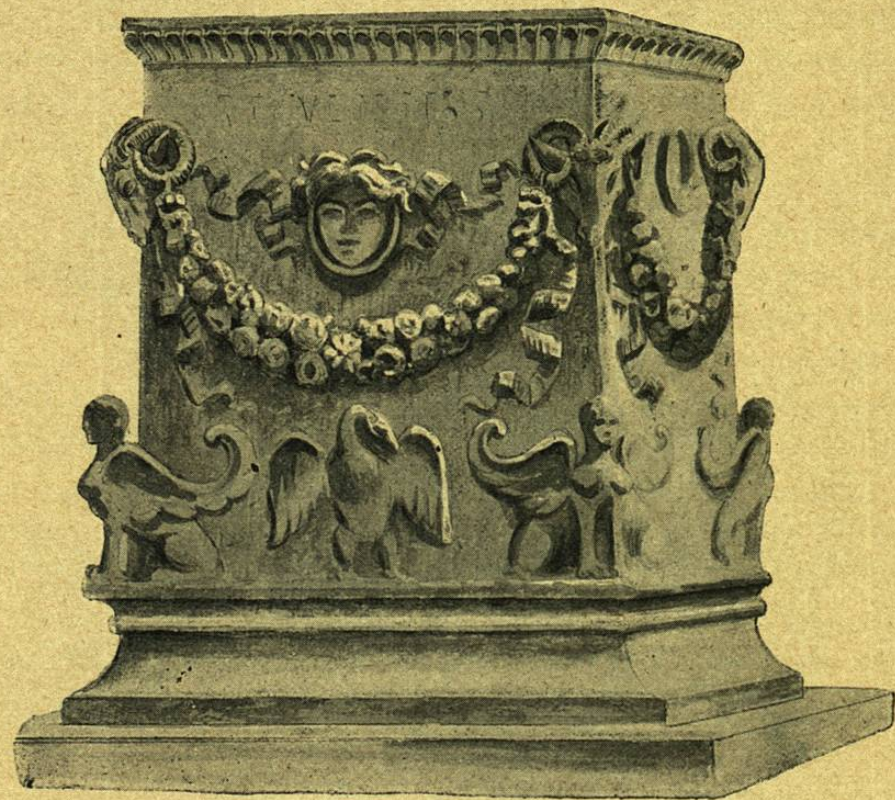
matar un enemigo, ó un negro ó un amarillo de cualquier país desconocido? El Dayak se alaba de tener un puñal por antepasado<sup>1</sup>. Así tam-

<sup>1</sup> De Backer, *Archipel Indien*.



bién es un gran honor en nuestras modernas sociedades ser tenido por descendiente de hombres que se han ilustrado por el uso del hacha de armas, del cuchillo ó del arcabuz.

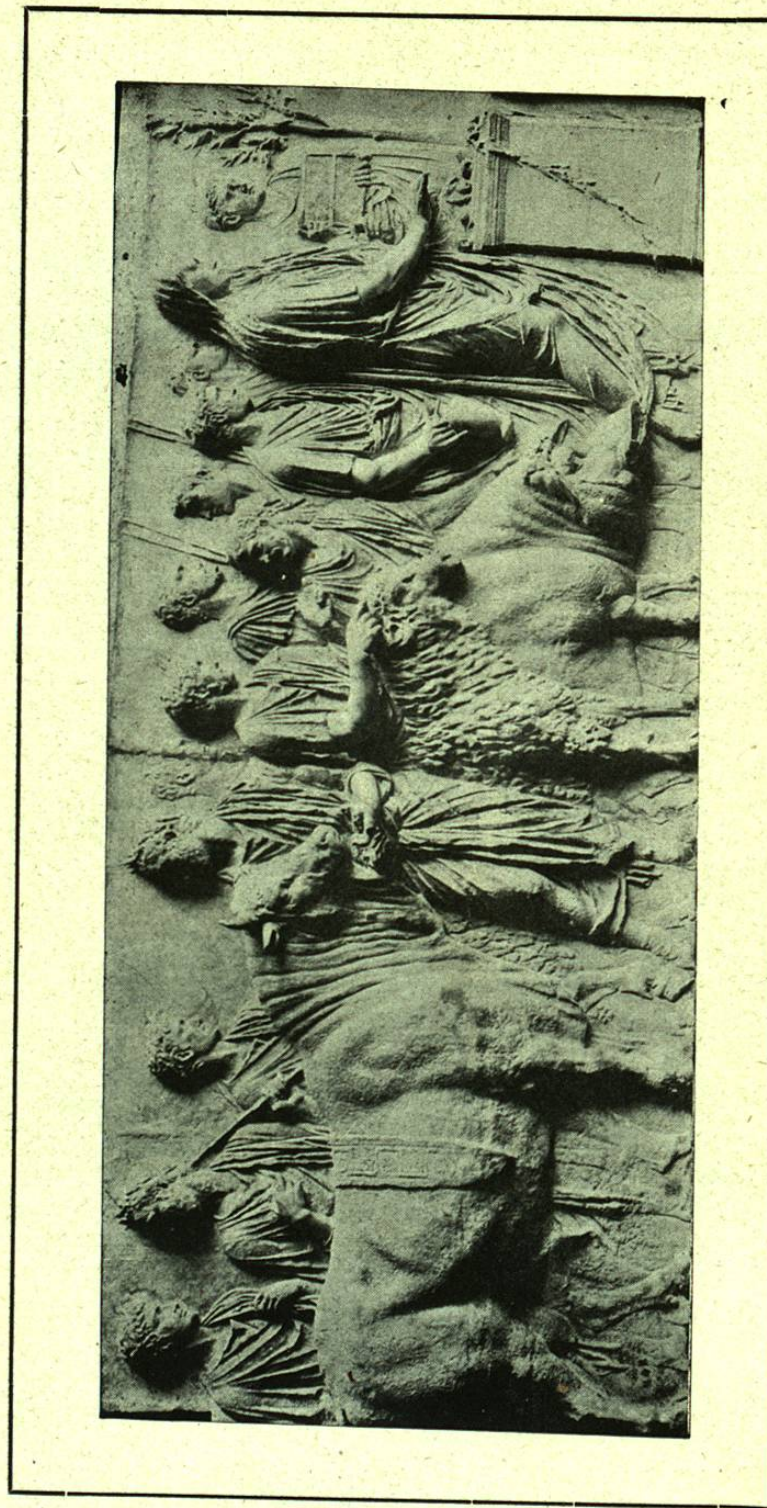
El asesinato religioso, inspirado y arreglado en sus detalles por la magia, en muchas ocasiones debía ser acompañado de comidas antropofágicas. Es cierto que el canibalismo puede tener entre los fugitivos



ALTAR ERIGIDO EN HONOR DE DIANA

(Museo del Louvre).

como primera causa el hambre, como le ha causado tantas veces durante el período histórico en las ciudades sitiadas, en las balsas de náufragos perdidas en el mar, en las expediciones aventureras en medio de los hielos, de las nieves ó de los bosques vírgenes; pero entre los hombres, lo mismo que entre los animales, esos hechos son excepcionales; se producen, no obstante, en el Africa nigeriana, donde la ciudad de Ibadan tenía aún no hace veinte años, sus mercados siempre abastecidos de



ROMA. — PROCESIÓN RELIGIOSA. — SACRIFICIO DE LOS SUOVETAVRILIA

Ci. Giraldon.

Según un bajo-relieve del Palacio San Marcos en Roma y de la biblioteca de San Marcos en Venecia.



carne humana, considerada como simple vianda de matadero. Por el contrario, las comidas en que el hombre se nutre con su semejante por acto religioso son siempre ceremonias que tienen un carácter de nobleza y de gravedad. Si se trata por un guerrero de devorar el corazón ó el cerebro de un enemigo para incorporarse el valor y el pensamiento del adversario muerto en la pelea, el acto es importantísimo en la existencia del hombre que por él se dobla en energía física y en fuerza moral.

Pero la manducación de la carne presenta una significación mucho mayor cuando se trata de una víctima más que humana. Parece á primera vista que semejante hecho sea completamente imposible, puesto que los dioses son más poderosos que el hombre; sin embargo, éste, inspirado por la pasión frenética del yo, puede realizar milagros, gracias á la sutileza de los sacerdotes. Suele ocurrir que en los peligros supremos de una nación, las víctimas ordinarias de los sacrificios, buey ó cordero inmaculado, hermosas doncellas, bellos y perfectos mancebos, no basten á conjurar la cólera del dios, y en este caso ha sido preciso ofrecerle hijos de reyes, los reyes mismos y hasta hijos de Dios: los fieles condenados en principio sin posibilidad aparente de remisión, pudieron así renovar su carne y su sangre por la carne y la sangre de un dios, que muere, pues, para resucitar en seguida; que se da en sacrificio, pero que resurge como juez soberano de vivos y muertos.

Así todas las religiones actuales que se presentan bajo formas tan diversas y tan complicadas en apariencia, derivan por igual de esa primera necesidad que atormenta al primitivo: tiene sed de comprender, ó al menos de tener una explicación, verdadera ó falsa, de los fenómenos de la Naturaleza, de los problemas de la muerte y del más allá. En los espíritus sinceros esta necesidad de saber se presenta bajo una forma pura y da una gran nobleza á la evolución religiosa: la investigación de la verdad se une á la bondad del corazón y á la profundidad del pensamiento. En los antiguos tiempos como en nuestros días, quizá de una manera más vaga pero no menos apasionada, habría hombres que tendrían el sentimiento, aunque oscuro y lejano, de que existían causas generales determinantes de los innumerables hechos aislados y distintos<sup>1</sup>; en el caos de lo finito sentirían un infinito al que querrían dar nombre, y bajo cuyas

<sup>1</sup> Max Müller. *Origine et Développement de la Religion.*